

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

MATEO

JOHN MACARTHUR



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Matthew 1-7* © 1985 por The Moody Bible Institute y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary Matthew 8-15* © 1987 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Matthew 16-23* © 1988 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Matthew 24-28* © 1989 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Mateo* © 2017 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Ricardo Acosta

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión ReinaValera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. ReinaValera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, MI 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1565-4

1 2 3 4 5 edición / año 26 25 24 23 22 21 20 19 18 17

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

DEDICATORIAS

*A Fred Barshaw,
colaborador diligente y amigo personal leal.*

*Al doctor John Stead
mi compañero en el ministerio en la Escuela del Maestro
y mi amigo de toda la vida.*

*A Félix Martín del Campo, hijo,
quien me expresa su amistad por medio de un servicio fiel.*

*A Bob Provost
cuya pasión por la evangelización del mundo ha sido para mí
una ilustración viviente de la Gran Comisión de nuestro Señor.*

Contenido

Prólogo	13
Introducción	15
1. El Rey compasivo (Mt. 1:1-17)	19
2. Nacimiento virginal (Mt. 1:18-25)	27
3. Hombres necios y hombres sabios (Mt. 2:1-12)	38
4. El Rey cumple las profecías (Mt. 2:13-23)	52
5. El más grande entre los hombres (Mt. 3:1-6)	61
6. Los frutos del verdadero arrepentimiento (Mt. 3:7-12)	71
7. Coronación del Rey (Mt. 3:13-17)	85
8. La crisis de la tentación (Mt. 4:1-11)	94
9. Resplandece la Luz (Mt. 4:12-17)	111
10. Pescadores de hombres (Mt. 4:18-22)	120
11. Credenciales divinas del Rey (Mt. 4:23-25)	130
12. El gran sermón del gran Rey (Mt. 5:1-2)	139
13. Dichosos los humildes (Mt. 5:3)	148
14. Felices los afligidos (Mt. 5:4)	159
15. Benditos los mansos (Mt. 5:5)	171
16. Dichosos los hambrientos (Mt. 5:6)	180
17. Benditos los compasivos (Mt. 5:7)	188
18. Felices los santos (Mt. 5:8)	199
19. Dichosos los que procuran la paz (Mt. 5:9)	208
20. Felices los perseguidos (Mt. 5:10-12)	218
21. Sal de la tierra y luz del mundo (5:13-16)	232
22. Cristo y la ley. Primera parte: Preeminencia de las Escrituras (Mt. 5:17)	245
23. Cristo y la ley. Segunda parte: Permanencia de las Escrituras (Mt. 5:18)	255
24. Cristo y la ley. Tercera parte: Pertinencia de las Escrituras (Mt. 5:19)	260
25. Cristo y la ley. Cuarta parte: Propósito de las Escrituras (Mt. 5:20) ..	267
26. La actitud detrás de la acción: Una visión general de Mateo 5:21-48	274
27. ¿Quién es un asesino? (Mt. 5:21-26)	279
28. ¿Quién es un adúltero? (Mt. 5:27-30)	289
29. Divorcio y segundas nupcias (Mt. 5:31-32)	297
30. Falta de credibilidad espiritual (Mt. 5:33-37)	308
31. Ojo por ojo (Mt. 5:38-42)	316
32. Amor por los enemigos (Mt. 5:43-48)	325
33. Dar sin hipocresía (Mt. 6:1-4)	338

34.	Orar sin hipocresía (Mt. 6:5-8)	348
35.	Oración de los Discípulos. Primera parte (Mt. 6:9-15)	358
36.	Oración de los Discípulos. Segunda parte (Mt. 6:9-15)	374
37.	Ayunar sin hipocresía (Mt. 6:16-18)	385
38.	Tesoros en el cielo (Mt. 6:19-24)	391
39.	Cómo superar las preocupaciones (Mt. 6:25-34)	400
40.	A dejar de criticar (Mt. 7:1-6)	411
41.	A empezar a amar (Mt. 7:7-12)	422
42.	¿Cuál es el camino al cielo? (Mt. 7:13-14)	429
43.	Cuidado con los falsos profetas (Mt. 7:15-20)	439
44.	Palabras y corazones vacíos (Mt. 7:21-29)	453
45.	Poder de Jesús sobre la enfermedad (Mt. 8:1-15)	469
46.	¿Qué aleja de Cristo a los hombres? (Mt. 8:16-22)	485
47.	Poder de Jesús sobre lo natural (Mt. 8:23-27)	495
48.	Poder de Jesús sobre lo sobrenatural (Mt. 8:28-34)	504
49.	Poder de Jesús sobre el pecado (Mt. 9:1-8)	512
50.	Jesús recibe a los pecadores y rechaza a los justos (Mt. 9:9-17)	522
51.	Poder de Jesús sobre la muerte (Mt. 9:18-26)	537
52.	Milagros de vista y sonido (Mt. 9:27-33 <i>a</i>)	550
53.	Respuestas al poder de Jesús (Mt. 9:33 <i>b</i> -35)	559
54.	La mies y los obreros (Mt. 9:36-38)	569
55.	Los mensajeros del Rey (Mt. 10:1)	580
56.	Los hombres del Maestro. Primera parte: Pedro: una lección de liderazgo (Mt. 10:2 <i>a</i>)	589
57.	Los hombres del Maestro. Segunda parte: Andrés, Jacobo el hijo de Zebedeo, y Juan (Mt. 10:2 <i>b</i>)	603
58.	Los hombres del Maestro. Tercera parte: Felipe y Bartolomé (Natanael) (Mt. 10:3 <i>a</i>)	612
59.	Los hombres del Maestro. Cuarta parte: Tomás y Mateo (Mt. 10:3 <i>b</i>)	618
60.	Los hombres del Maestro; Quinta parte: Jacobo el hijo de Alfeo, Tadeo (Judas el hijo de Jacobo), y Simón el Zelote (Mt. 10:3 <i>c</i> -4 <i>a</i>)	623
61.	Los hombres del Maestro. Sexta parte: Judas (Mt. 10:4 <i>b</i>)	627
62.	Principios para un ministerio eficaz (Mt. 10:5-15)	637
63.	Ovejas entre lobos (Mt. 10:16-23)	651
64.	Las marcas distintivas del discipulado. Primera parte (Mt. 10:24-31)	666
65.	Las marcas distintivas del discipulado. Segunda parte (Mt. 10:32-42)	678
66.	Dudas superadas (Mt. 11:1-6)	689
67.	La verdadera grandeza (Mt. 11:7-15)	700
68.	Respuestas a Cristo con críticas o indiferencia (Mt. 11:16-24)	709
69.	Invitación personal de Jesús (Mt. 11:25-30)	717
70.	El Señor del día de reposo (Mt. 12:1-14)	729
71.	El siervo amado de Dios (Mt. 12:15-21)	741
72.	Blasfemias contra el Espíritu Santo (Mt. 12:22-32)	749

73.	Exposición de la verdad acerca del corazón del hombre (Mt. 12:33-37)	761
74.	Juicio sobre los que rechazan a Cristo (Mt. 12:38-42).	768
75.	Reforma versus relación (Mt. 12:43-50)	777
76.	El reino y el evangelio. Primera parte (Mt. 13:1-17)	785
77.	El reino y el evangelio. Segunda parte: La interpretación de la parábola (Mt. 13:18-23)	798
78.	El reino y el mundo (Mt. 13:24-43)	806
79.	La entrada al reino (Mt. 13:44-46)	821
80.	Juicio y proclamación (Mt. 13:47-52)	832
81.	El poder de la incredulidad (Mt. 13:53-58)	840
82.	El temor que hace perder a Cristo (Mt. 14:1-13)	851
83.	La alimentación milagrosa (Mt. 14:14-21)	860
84.	La adoración del Hijo de Dios (Mt. 14:22-33)	869
85.	Adoración vacía: Confusión de las tradiciones de los hombres con la doctrina de Dios (Mt. 14:34—15:20)	880
86.	La calidad de la gran fe (Mt. 15:21-28)	897
87.	Compasión por los extraños (Mt. 15:29-39)	906
88.	Los ciegos que nunca verán (Mt. 16:1-4)	915
89.	Los ciegos a los que se les permite ver (Mt. 16:5-12)	922
90.	La confesión suprema (Mt. 16:13-17)	930
91.	La Iglesia que Cristo edifica (Mt. 16:18-20)	937
92.	Agravios contra Cristo (Mt. 16:21-23)	947
93.	Ganar perdiendo: La paradoja del discipulado (Mt. 16:24-27)	956
94.	Promesa y advertencia con relación a la Segunda Venida (Mt. 16:27-28)	964
95.	Anticipo de la Segunda Venida (Mt. 17:1-13)	971
96.	El poder de la fe (Mt. 17:14-21)	982
97.	El creyente como ciudadano (Mt. 17:22-27)	991
98.	Cómo entrar al reino (Mt. 18:1-4)	1000
99.	El peligro de hacer que un cristiano peque (Mt. 18:5-9)	1008
100.	El cuidado de los hijos de Dios (Mt. 18:10-14)	1018
101.	La disciplina de los hijos de Dios (Mt. 18:15-20)	1027
102.	Cómo aprender a perdonar (Mt. 18:21-35)	1044
103.	La enseñanza de Jesús sobre el divorcio (Mt. 19:1-12)	1061
104.	Jesús ama a los niños pequeños (Mt. 19:13-15)	1078
105.	Cómo obtener la vida eterna (Mt. 19:16-22)	1085
106.	La pobreza de las riquezas y las riquezas de la pobreza (Mt. 19:23-29)	1095
107.	Igualdad en el reino (Mt. 19:30—20:16)	1104
108.	Los sufrimientos de Cristo (Mt. 20:17-19)	1115
109.	Cómo ser grande en el reino (Mt. 20:20-28)	1123
110.	Los ciegos que vieron (Mt. 20:29-34)	1141
111.	La coronación humilde de Cristo (Mt. 21:1-11)	1147
112.	Purga de pervertidos en el templo (Mt. 21:12-17)	1156
113.	La maldición de la higuera (Mt. 21:18-22)	1166

114.	La autoridad de Jesús (Mt. 21:23-32)	1174
115.	Juicio sobre los que rechazan a Cristo (Mt. 21:33-46).	1183
116.	Respuesta a la invitación real (Mt. 22:1-14)	1191
117.	Nuestra obligación para con Dios y con el gobierno (Mt. 22:15-22)	1201
118.	El Dios de los vivos (Mt. 22:23-33)	1209
119.	El gran mandamiento (Mt. 22:34-40)	1218
120.	¿De quién es hijo el Cristo? (Mt. 22:41-46)	1225
121.	El carácter de los falsos líderes espirituales (Mt. 23:1-12).	1233
122.	La condenación de los falsos líderes espirituales. Primera parte: Declaración (Mt. 23:13-33)	1249
123.	La condenación de los falsos líderes espirituales. Segunda parte: Proclamación del juicio (Mt. 23:34-36).	1266
124.	Últimas palabras de Jesús a Israel (Mt. 23:37-39)	1274
125.	Señales de la venida de Cristo. Primera parte: Antecedentes (Mt. 24:1-3)	1279
126.	Señales de la venida de Cristo. Segunda parte: Los dolores de parto (Mt. 24:4-14)	1288
127.	Señales de la venida de Cristo. Tercera parte: La abominación desoladora (Mt. 24:15)	1303
128.	Señales de la venida de Cristo. Cuarta parte: Peligros venideros (Mt. 24:16-28)	1309
129.	Señales de la venida de Cristo. Quinta parte: La señal del Hijo del Hombre (Mt. 24:29-31)	1317
130.	Señales de la venida de Cristo. Sexta parte: La generación final (Mt. 24:32-35)	1325
131.	Señales de la venida de Cristo. Séptima parte: Listos o no (Mt. 24:36-51)	1333
132.	Señales de la venida de Cristo. Octava parte: El destino de los que no están preparados (esperando el regreso de Cristo) (Mt. 25:1-13)	1345
133.	Señales de la venida de Cristo. Novena parte: La tragedia de la oportunidad desperdiciada (trabajando hasta el regreso de Cristo) (Mt. 25:14-30)	1354
134.	El juicio a las naciones (Mt. 25:31-46)	1366
135.	Preparación para la muerte de Cristo (Mt. 26:1-16)	1381
136.	La última Pascua (Mt. 26:17-30)	1389
137.	Ayuda para los indefensos discípulos (Mt. 26:31-35)	1404
138.	El Hijo en la tristeza (Mt. 26:36-46)	1413
139.	El beso del traidor (Mt. 26:47-56)	1426
140.	El juicio ilegal e injusto de Cristo (Mt. 26:57-68)	1439
141.	Restauración de un santo pecador (Mt. 26:69-75)	1451
142.	Suicidio del traidor (Mt. 27:1-10)	1459
143.	¿Qué haré con Jesús? (Mt. 27:11-26).	1467
144.	La maldad de la crucifixión (Mt. 27:27-44)	1479
145.	Milagroso comentario de Dios en la cruz (Mt. 27:45-53)	1495

146.	Respuestas a la muerte de Cristo (Mt. 27:54-56)	1505
147.	La asombrosa sepultura de Jesús (Mt. 27:57-66)	1513
148.	Resurrección de Cristo (Mt. 28:1-10)	1526
149.	La mentira que demuestra la resurrección (Mt. 28:11-15)	1537
150.	Hacer discípulos a todas las naciones (Mt. 28:16-20)	1546
	Bibliografía	1563

Prólogo

Para mí sigue siendo una comunión divina gratificante predicar de manera expositiva a través del Nuevo Testamento. Mi meta es tener siempre un compañerismo profundo con el Señor en el entendimiento de su Palabra, y a partir de esa experiencia explicar a su pueblo lo que un pasaje bíblico significa. En las palabras de Nehemías 8:8, me esfuerzo por poner “el sentido” en las Escrituras para que las personas puedan oír realmente a Dios hablando, y que al hacerlo puedan a su vez responderle.

Es evidente que el pueblo de Dios debe entenderle, lo cual exige conocer su Palabra de verdad (2 Ti. 2:15) y permitir que esa Palabra more en abundancia en nosotros (Col. 3:16). De ahí que la idea central de mi ministerio sea ayudar a hacer viva la Palabra de Dios para su pueblo. Se trata de una aventura reconfortante.

Esta serie de comentarios del Nuevo Testamento refleja el objetivo de explicar y aplicar las Escrituras. Algunos comentarios son sobre todo lingüísticos, otros teológicos, y algunos tienen que ver más con la predicación. Básicamente este comentario es explicativo o expositivo. No es lingüísticamente técnico, pero tiene que ver con la lingüística cuando parece ayudar a la adecuada interpretación. No es teológicamente extenso, pero se enfoca en las principales doctrinas de cada texto y en cómo estas se relacionan con todas las Escrituras. Ante todo, no es homilético, aunque por lo general a cada unidad de pensamiento se la trata como un capítulo, con un claro esquema y flujo lógico de pensamiento. La mayoría de verdades se ilustran y se aplican con otras Escrituras. Después de establecer el contexto de un pasaje he tratado de seguir de cerca el desarrollo y el razonamiento del escritor.

Pido a Dios que cada lector comprenda por completo lo que el Espíritu Santo está diciendo a través de esta parte de su Palabra, de modo que su revelación pueda alojarse en las mentes de los creyentes y así lograr una mayor obediencia y fidelidad para la gloria de nuestro gran Dios.

Introducción

El personaje central de la profecía del Antiguo Testamento es el gran Rey que viene y gobernará en el reino prometido de Dios. Una y otra vez se nos habla de un personaje especial que posee la justicia, la sabiduría, el poder, la autoridad y el derecho de reinar no solo sobre Israel sino sobre el mundo entero.

Este gran Rey que viene tendrá el poder para herir la cabeza de Satanás (Gn. 3:15), recuperar el dominio del hombre que se perdió a través del pecado, y establecer al fin un reino en la tierra que se extenderá hasta la eternidad. De este Rey “no será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies” (Gn. 49:10). Tal realidad no se pudo decir de ningún rey del Antiguo Testamento, y solamente se podía aplicar al gran Rey venidero. Es obvio que las muchas otras predicciones que se refieren a un reino descrito en tales términos como imperecedero, eterno y para siempre no se podían aplicar a un rey simplemente humano.

Las palabras que el Señor le declaró a David por medio de Natán debían referirse a otro hombre distinto al mismo David: “Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente” (2 S. 7:16). El reino de David se hizo añicos y se dividió tan pronto como murió Salomón, su sucesor, y aún no ha sido restablecido.

No obstante, Dios nos dice en el Salmo 2: “Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte. Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra” (vv. 6-8). David llama “el Rey de gloria” y “Jehová de los ejércitos” al Rey venidero (Sal. 24:10). De este monarca se habla en maneras similares en Salmos 45, 72, 110 y otros más.

Los profetas hablan del gran Rey como alguien humano y divino. Isaías nos asegura que el monarca nacería de una virgen (7:14) y que sería despreciado, desechado, menospreciado, azotado, herido y abatido (53:3-7). Daniel describe así al Rey: “Uno como un hijo de hombre” (7:13). Sin embargo, Isaías también nos dice que el gobierno del monarca reposará “sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite” (9:6-7) y que será llamado “Emanuel”, que significa “Dios con nosotros” (Is. 7:14; Mt. 1:23). El Señor prometió a Belén a través de Miqueas: “De ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (5:2). Sofonías le informa a su pueblo que cuando este Rey venga será “Rey de Israel en medio de ti” (3:15). Zacarías nos anuncia que el Soberano será “justo y salvador” (9:9), y que cuando reine, todas “las familias de la tierra” podrán subir “a Jerusalén para adorar al Rey, Jehová de los ejércitos” (14:17). El gran Rey venidero sería el Hombre-Dios.

Ninguno de estos escritores antiguos comprendió la naturaleza plena de Aquel de quien estaban profetizando. Pedro nos comunica: “Los profetas que

profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo [es decir, el Mesías] que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos” (1 P. 1:10-11).

La plena identidad y naturaleza del Rey profetizado se presentan y se explican inicialmente en los evangelios, de los cuales Mateo es el primero. Al igual que reflectores divinos, ellos se enfocan en Jesús y, a través de un suceso tras otro, muestran que Él es el único que cumple todos los requisitos de esas profecías. Del mismo modo, todos los impostores son desenmascarados por no poder encajar en las predicciones.

Todo el Nuevo Testamento reconoce a Jesús como el gran Rey prometido. En sus veintisiete libros, el término *basileia* (reino) se usa ciento cuarenta y cuatro veces en referencia al reino de Jesucristo; *basileus* (rey) se usa en relación con Jesús al menos treinta y cinco veces; y *basileuō* (reinar) se usa para Él en cerca de diez ocasiones.

AUTOR

En la época del nacimiento de Cristo, Israel había estado bajo el dominio romano por más de sesenta años. Uno de los peores aspectos de la opresión romana era el sistema de tributación, el cual era metódico, implacable y despiadado. Se recaudaban dos impuestos básicos: los aranceles, que se pueden comparar con el moderno impuesto a la renta, y los tributos sobre tierras, propiedades y bienes raíces.

Los senadores romanos y varios otros funcionarios de alto rango compraban al gobierno central en subasta pública el derecho de recaudar los impuestos en una nación, provincia o región determinada, a una tasa fija por un período de cinco años. Todo lo que recaudaban por encima de esa cantidad se lo quedaban como utilidad. A los que poseían tales derechos impositivos se les llamaba *publicani*. Los *publicani* solían contratar a otros, por lo general ciudadanos de la nación que gravaban, para que realizaran la verdadera recaudación.

Tales recaudadores tenían de algún modo el mismo arreglo con los *publicani* que estos tenían con Roma. Todo lo que lograban recaudar por sobre la cantidad exigida por los *publicani* lo conservaban como su propia utilidad. Por consiguiente, tanto los *publicani* como los recaudadores tenían fuertes motivaciones para exigir y recaudar tantos impuestos como fuera posible, sabiendo que estaban respaldados por la autoridad plena romana, que incluía la autoridad militar.

Los recaudadores de impuestos (griego *telones*) eran naturalmente muy odiados por su propio pueblo, no solo como extorsionistas sino como traidores. En Israel los catalogaban como los más bajos de la sociedad humana: pecadores, prostitutas y gentiles (Mt. 9:10-11; 18:17; 21:31-32; Mr. 2:15-16; Lc. 5:30).

Mateo, conocido también como Leví, era un recaudador de impuestos cuando Jesús lo llamó para que fuera uno de los doce discípulos (Mt. 9:9; Mr. 2:14). No sabemos muy bien qué tipo de persona era Mateo antes de que Jesús lo llamara. No es probable que fuera un hombre muy religioso, porque a los recaudadores los condenaban al ostracismo, de manera práctica aunque no oficial, en muchas

sinagogas y en ocasiones incluso en el templo. En parte, esta fue sin duda la razón por la que Mateo respondiera tan rápidamente a la invitación de Jesús, y de que muchos otros recaudadores de impuestos fueran atraídos al Maestro (Mt. 9:9-10; 11:19; Lc. 15:1). Era raro que estas personas fueran aceptadas e hicieran amistad con un compañero judío, especialmente con un rabino, o maestro, tal como Jesús.

Mateo fue muy modesto al escribir el relato de su evangelio. Siempre se refiere a sí mismo en tercera persona y en ninguna parte habla de él mismo como el autor. Conocemos su autoría porque su nombre está unido a todas las primeras copias de los manuscritos y porque los padres de la iglesia primitiva atestiguan unánimemente que él es el autor del libro.

El mismo texto contiene evidencias de que Mateo escribió su evangelio antes de la destrucción de Jerusalén y del templo en el año 70 d.C. Aparte de esa fecha general, es imposible ser dogmáticos en cuanto a un año específico.

MENSAJE

Los cuatro primeros libros del Nuevo Testamento transmiten el mismo mensaje del evangelio, pero desde cuatro perspectivas distintas. Ofrecen el mismo mensaje con énfasis diferente pero perfectamente armonioso. Mateo presenta a Jesús como el soberano, mientras que Marcos lo presenta en el papel extremo opuesto de siervo. Lucas lo presenta como el Hijo del Hombre, mientras que Juan lo hace como el Hijo de Dios. Al mismo Jesús se le muestra como Dios soberano y como Hombre siervo.

Al presentar la soberanía de Jesús, Mateo empieza su relato con la genealogía del Señor, que se remonta hasta Abraham, el padre del pueblo hebreo, a través del rey David, el monarca modelo de Israel. Al presentar a Jesús como siervo, Marcos no ofrece ninguna genealogía, porque el linaje de un siervo es irrelevante. Al presentar a Jesús como el Hijo del Hombre, Lucas rastrea su genealogía hasta Adán, el primer hombre. Al presentar a Jesús como el divino Hijo de Dios, Juan no da ninguna genealogía humana, ni narraciones de nacimiento o infancia; inicia su evangelio ofreciendo la genealogía divina de Jesús: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (Jn. 1:1).

El mensaje del libro de Mateo se centra en el tema de la realeza de Jesús. Así como prácticamente cada párrafo del evangelio de Juan señala algo de la deidad de Cristo, casi cada párrafo de Mateo señala algo de la realeza del Señor.

Mateo presenta al Rey Mesías que es *revelado*, el Rey que es *rechazado*, y el Rey que *regresará*. A Jesús se le describe en naturaleza real en este evangelio como en ninguno de los demás. Su ascendencia se sigue desde la línea real de Israel; su nacimiento es temido por un rey terrenal celoso; los magos llevan al Jesús bebé regalos reales del oriente; y Juan el Bautista anuncia al Rey y proclama que su reino está a la mano. Incluso las tentaciones en el desierto alcanzan el nivel más alto con Satanás ofreciéndole a Jesús los reinos de este mundo. El Sermón del Monte es la proclama pública del Rey, los milagros son sus credenciales reales, y muchas de las parábolas describen los misterios de su reino. Jesús se identifica con el hijo de un rey en una parábola, y hace una entrada real a Jerusalén. Mientras enfrenta la cruz predice su reino futuro, y afirma dominio sobre los ángeles en el

cielo. Sus últimas palabras son que se le ha conferido toda autoridad tanto en el cielo como en la tierra (28:18).

Pero Mateo también se enfoca del modo más exclusivo en el rechazo que hicieron de Jesús como Rey. En ningún otro evangelio los ataques contra el carácter y las afirmaciones de Jesús son tan violentos y viles como las que encontramos en Mateo. La sombra del rechazo nunca desaparece del relato de este escritor. Antes de que Jesús naciera, su madre María estuvo en peligro de ser rechazada por José. Poco después del nacimiento, Herodes amenazó su vida y los padres del niño tuvieron que huir con Él a Egipto. Su precursor, Juan el Bautista, fue encarcelado en una mazmorra y finalmente decapitado. Durante el ministerio terrenal Jesús no tuvo lugar dónde reposar la cabeza, ni un sitio al que llamara hogar. En el evangelio de Mateo ningún ladrón arrepentido reconoce el señorío de Jesús, y a ningún amigo amado se le ve a los pies de la cruz, solo a los burladores y escarnecedores. Incluso las mujeres aparecen en la escena a la distancia (27:55-56), y en su muerte Jesús clama a gritos: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (27:46). Solamente un centurión gentil se expresa de forma favorable sobre Aquel crucificado: “Verdaderamente éste era Hijo de Dios” (27:54). Cuando algunos de los soldados que habían estado de guardia en la tumba informaron que esta se hallaba vacía, las autoridades judías les pagaron para que dijeran que el cuerpo de Jesús fue robado por los discípulos (28:11-15).

Sin embargo, a Jesús también se le muestra como el Rey que finalmente regresará para juzgar y gobernar. Un día todos en la tierra “verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria” (24:30), su venida ocurrirá en un momento en que nadie piensa que lo hará (v. 44), y entonces volverá en gloria y juicio (25:31-33).

Ningún lector puede sumergirse por completo en este evangelio sin emerger con una sensación convincente de la majestad eterna del Señor Jesucristo y del fuerte poder que el pecado y Satanás tenían sobre la nación apóstata del Israel que rechazó a Cristo.

Ningún evangelio es más instructivo para aquellos que son discípulos del Señor y que están llamados a representarlo ante el mundo. Las lecciones sobre el discipulado son transformadoras para el lector comprometido, así como lo fueron para los once seguidores iniciales de Jesús. Por tanto, con todos sus grandes temas de majestad y gloria, rechazo y apostasía, al libro de Mateo no le falta ningún sentido práctico. Presente en todo eso está el hilo constante de la instrucción revelada para aquellos que son representantes del Señor entre los hombres.

El Rey compasivo

1

Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob, y Jacob a Judá y a sus hermanos. Judá engendró de Tamar a Fares y a Zara, Fares a Esrom, y Esrom a Aram. Aram engendró a Aminadab, Aminadab a Naasón, y Naasón a Salmón. Salmón engendró de Rahab a Booz, Booz engendró de Rut a Obed, y Obed a Isaí. Isaí engendró al rey David, y el rey David engendró a Salomón de la que fue mujer de Urías. Salomón engendró a Roboam, Roboam a Abías, y Abías a Asa. Asa engendró a Josafat, Josafat a Joram, y Joram a Uzías. Uzías engendró a Jotam, Jotam a Acáz, y Acáz a Ezequías. Ezequías engendró a Manasés, Manasés a Amón, y Amón a Josías. Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos, en el tiempo de la deportación a Babilonia. Después de la deportación a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel, y Salatiel a Zorobabel. Zorobabel engendró a Abiud, Abiud a Eliaquim, y Eliaquim a Azor. Azor engendró a Sadoc, Sadoc a Aquim, y Aquim a Eliud. Eliud engendró a Eleazar, Eleazar a Matán, Matán a Jacob; y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo. De manera que todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce; desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce; y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce. (1:1-17)

Como leímos en la Introducción, uno de los principales propósitos de Mateo en su evangelio, y el propósito principal de los capítulos 1 y 2, es establecer el derecho de Jesús a la realeza de Israel. Para cualquier observador sincero, y sin duda para los judíos que conocían y creían en sus propias Escrituras, estos dos capítulos reivindican la afirmación de Jesús delante de Pilato: “Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo” (Jn. 18:37).

De acuerdo con ese propósito de revelar que Jesús es el Cristo (Mesías) y el Rey de los judíos, Mateo empieza su evangelio mostrando que Jesús descende de la línea real de Israel. Para que Él deba ser anunciado y proclamado rey es necesario que haya prueba de que viene de la familia real reconocida.

La línea real del Mesías comenzó con David. Dios prometió a través del profeta Natán que sería a través de los descendientes de David que traería al gran Rey que en última instancia reinaría sobre Israel y establecería su reino eterno (2 S. 7:12-16). Tal promesa no se cumplió en Salomón, el hijo de David que lo sucedió, ni en ningún otro rey que gobernó en Israel o Judá; y el pueblo esperaba que naciera otro de la línea de David a fin de que se cumpliera la profecía. En la época en que Jesús nació, los judíos aún estaban anticipando la llegada del monarca prometido y la gloria restaurada del reino.

No obstante, la preocupación de los judíos por los antecedentes genealógicos existió antes de que tuvieran un rey. Después de entrar a Canaán bajo el mando de

Josué, y de conquistar la región que Dios les había prometido, la tierra fue cuidadosa y exactamente repartida en territorios dados a cada tribu, excepto a la tribu sacerdotal de Leví, a la cual se le asignaron ciudades especiales. A fin de saber dónde vivir, cada familia israelita debía determinar con precisión la tribu a la cual pertenecía (véase Nm. 26 y 34—35). Y con el fin de calificar para la función sacerdotal, un levita debía demostrar ser descendiente de Leví. Después del regreso del exilio en Babilonia, a ciertos “hijos de los sacerdotes” no se les permitió servir en el sacerdocio porque “su registro de genealogías... no fue hallado” (Esd. 2:61-62).

La transferencia de propiedad también requería conocimiento correcto del árbol familiar (véase, p. ej. Rt. 3—4). Incluso bajo el dominio romano, el censo de los judíos en Palestina se basó en tribus, como puede verse por el hecho de que a José y María se les exigió registrarse en “Belén, por cuanto [José] era de la casa y familia de David” (Lc. 2:4). Por el historiador judío Josefo sabemos que en tiempos del Nuevo Testamento muchas familias judías mantenían archivos ancestrales detallados y de gran valor. Antes de su conversión, al apóstol Pablo le preocupaba su linaje “de la tribu de Benjamín” (véase Ro. 11:1; 2 Co. 11:22; Fil. 3:5). La identificación tribal y la línea de descendencia eran de suma importancia para los judíos.

Es a la vez interesante y significativo que desde la destrucción del templo en el año 70 d.C. no existan genealogías que puedan rastrear la ascendencia de cualquier judío vivo hoy día. El significado principal de esa realidad es que es imposible establecer el linaje hasta David en los judíos que aún esperan el Mesías. Jesucristo es el último demandante verificable al trono de David, y por tanto a la descendencia mesiánica.

La genealogía de Mateo presenta una línea descendente, desde **Abraham** a través de **David** y de **José**, hasta **Jesús, llamado el Cristo**. La genealogía de Lucas presenta una línea ascendente, empezando desde Jesús y remontándose a través de David, Abraham e incluso hasta “Adán, hijo de Dios” (Lc. 3:23-38). Al parecer el registro de Lucas se sigue desde el lado de María, en que es probable que el Elí de Lucas 3:23 sea el suegro (al que a menudo se refería como un padre) de José y, por tanto, el padre natural de María. La intención de Mateo es validar la afirmación real de Jesús mostrando su descendencia legal de David a través de José, quien fue el padre legal, aunque no natural, del Señor. La intención de Lucas es rastrear la verdadera ascendencia de la sangre real de Jesús a través de su madre, y por tanto establece su linaje racial desde David. Mateo sigue la línea real a través de David y Salomón, el hijo de David y sucesor al trono. Lucas sigue la línea real a través de Natán, otro hijo de David. Por tanto, Jesús fue descendiente de sangre de David a través de María y descendiente legal de David a través de José. Genealógicamente, Jesús estaba perfectamente calificado para ocupar el trono de David.

Es indispensable tener en cuenta que en su nacimiento virginal Jesús no solo fue divinamente concebido, sino que a través de ese milagro fue protegido de la descalificación real debido a que José era descendiente de **Jeconías** (v. 12). A causa de la maldad de ese rey, Dios había declarado que de Jeconías (también llamado Joaquín o Conías), a pesar de que pertenecía a la línea de David, “ninguno de su descendencia logrará sentarse sobre el trono de David, ni reinar sobre Judá” (Jer. 22:30). Esa maldición habría impedido el derecho de Jesús a la realeza si hubiera

sido el hijo natural de José, quien estaba en la línea de Jeconías. El origen legal de Jesús por parte de David, el cual siempre se seguía a través del padre, llegó a José por medio de Jeconías. Pero su ascendencia de sangre, y su derecho humano de reinar, llegaron por medio de María, quien no estaba en el linaje de Jeconías. Por tanto, la maldición sobre la descendencia de Jeconías fue eludida, mientras seguía manteniendo el privilegio real.

Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. (1:1)

Biblos (**libro**) también puede referirse a un registro o un relato, como ocurre en este caso. Mateo está ofreciendo un breve registro de **la genealogía** (*génesis*, “principio, origen”) **de Jesucristo**. Jesús es el equivalente griego de Jeshúa, o Josué, que significa “Jehová (Yahvé) salva”. Este fue el nombre que el ángel le dijo a José que le pusiera al Hijo que había sido milagrosamente concebido en su prometida, María, porque Aquel que pronto nacería iría de veras a salvar “a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21). *Christos* (Cristo) es la forma griega del hebreo *māshîah* (castellano, mesías), que significa “el ungido”. Los profetas, sacerdotes y reyes de Israel lo fueron, y Jesús fue ungido igual que todos ellos. Él fue *el* Ungido, *el* Mesías, a quien los judíos habían esperado por mucho tiempo que viniera como su gran libertador y monarca.

Sin embargo, debido a su incredulidad y falta de comprensión de las Escrituras, muchos judíos se negaron a reconocer a Jesús como el Cristo, el Mesías. Algunos lo rechazaron porque *conocían* a sus padres. Cuando Jesús regresó a su pueblo natal de Nazaret “les enseñaba en la sinagoga de ellos, de tal manera que se maravillaban, y decían: ¿De dónde tiene éste esta sabiduría y estos milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos, Jacobo, José, Simón y Judas? ¿No están todas sus hermanas con nosotros? ¿De dónde, pues, tiene éste todas estas cosas?” (Mt. 13:54-56). En otra ocasión algunos más en Jerusalén dijeron de Jesús: “¿Habrán reconocido en verdad los gobernantes que éste es el Cristo? Pero éste, sabemos de dónde es; mas cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde sea” (Jn. 7:26-27). Poco después, “algunos de la multitud, oyendo estas palabras, decían: Verdaderamente éste es el profeta. Otros decían: Este es el Cristo. Pero algunos decían: ¿De Galilea ha de venir el Cristo?” (Jn. 7:40-41). Aún otros, mejor instruidos en las Escrituras pero ignorantes del linaje y el lugar de nacimiento de Jesús, manifestaron: “¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Cristo?” (v. 42).

La genealogía establece el linaje real del Mesías. La intención de Mateo no es hacer que el lector divague en un estudio de cada persona mencionada, sino mostrar que todos ellos señalan hacia la realeza de Cristo.

EL REY COMPASIVO

Aún así, de la genealogía de Mateo nos enteramos de algo más que del linaje de Jesús, pues vemos también los hermosos reflejos de la gracia de Dios. Jesús fue enviado por un Dios de compasión para ser un Rey de misericordia. No sería un Rey de la ley y que se impone por la fuerza, sino un Rey de gracia. Sus credenciales

reales testifican de la gracia real. Y las personas que eligió como sus antepasados muestran la maravilla de esa gracia, y ofrecen esperanza a todos los pecadores.

La gracia de este Rey y del Dios que lo envió puede verse en la genealogía en cuatro lugares y maneras, que examinaremos en un orden lógico en vez de cronológico.

LA GRACIA DE DIOS SE VE EN LA ELECCIÓN DE UNA MUJER

y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo. (1:16)

Dios mostró su gracia a María al elegirla para que fuera la madre de Jesús. Aunque descendía de la línea real de David, María era una joven desconocida y común. Al contrario de las afirmaciones de su propia concepción inmaculada (de que fue concebida de manera milagrosa en el vientre de su propia madre), María fue tan pecadora como todos los seres humanos alguna vez nacidos. Es probable que moral y espiritualmente ella fuera mejor que la mayoría de personas de su época, pero no fue inmaculada. María era muy devota y fiel al Señor, como lo demostró su respuesta humilde y sumisa al anuncio del ángel (Lc. 1:38).

María necesitaba un Salvador, como ella misma reconoció en el inicio mismo de su cántico de alabanza, llamado el Magníficat: “Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la bajeza de su sierva” (Lc. 1:46-48). Los conceptos de que María es corredentora y mediadora con Cristo no son bíblicos y nunca fueron parte de la doctrina de la iglesia primitiva. Tales ideas herejes llegaron a la iglesia varios siglos después al haber dado acogida a mitos paganos que se originaron en las religiones de misterio babilónicas.

Nimrod, nieto de Cam, uno de los tres hijos de Noé, fundó las grandes ciudades de Babel (Babilonia), Erec, Acad, Calne y Nínive (Gn. 10:10-11). Fue en Babel que comenzó el primer sistema organizado de idolatría con la torre construida allí. La esposa de Nimrod, Semiramis, se convirtió en la primera gran sacerdotisa de la idolatría, y Babilonia llegó a ser la fuente de todos los sistemas diabólicos de religión. En los últimos tiempos, “la gran ramera” tendrá escrito en la frente: “BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA” (Ap. 17:5). Cuando Babilonia fue destruida, el sumo sacerdote pagano de esa época huyó a Pérgamo (citada en Ap. 2:13 “donde está el trono de Satanás”) y después a Roma. En el siglo IV de nuestra era gran parte del paganismo politeísta de Roma se había abierto paso dentro de la iglesia. Fue a partir de esa fuente que se originaron las ideas de la cuaresma, de la inmaculada concepción de María, y de la “reina del cielo”. Según leyendas paganas, Semiramis fue milagrosamente concebida por un rayo de sol, y su hijo Tamuz murió y resucitó de los muertos después de cuarenta días de ayuno por parte de su madre (origen de la cuaresma). Las mismas leyendas básicas se hallaron en religiones equivalentes a lo largo del mundo antiguo. Semiramis llegó a ser conocida indistintamente como Astarté, Isis, Afrodita, Venus e Istar. Tamuz fue conocido como Baal, Osiris, Eros y Cupido.

Tales sistemas paganos habían infectado a Israel siglos antes de la venida de

Cristo. Fue a Istar, “la reina del cielo”, a la que se volvieron los malvados y rebeldes exiliados israelitas en Egipto (Jer. 44:17-19; cp. 7:18). Mientras se hallaba exiliado en Babilonia con sus compatriotas judíos, Ezequiel tuvo una visión de parte del Señor acerca de las “abominaciones” que algunos israelitas estaban cometiendo incluso en el templo de Jerusalén, prácticas que incluían estar “endechando a Tamuz” (Ez. 8:13-14). Aquí vemos algunos de los orígenes del culto a la madre y el hijo, que llevaron a la veneración de María.

La Biblia no dice nada acerca de la gracia de María excepto la que recibió del Señor. Ella fue la receptora, no la dispensadora de la gracia. La traducción literal de “muy favorecida” (Lc. 1:28) es “ser investida con gracia”. Al igual que todo el resto de la humanidad caída, María necesitaba la gracia y la salvación de Dios. Por eso es que su espíritu se regocijó “en Dios [su] Salvador” (Lc. 1:47). María recibió una medida especial de la gracia del Señor al ser elegida como la madre de Jesús; sin embargo, ella nunca fue suplidora de gracia. La gracia de Dios eligió a una mujer pecadora para que tuviera el privilegio inigualable de dar a luz al Mesías.

LA GRACIA DE DIOS SE VE EN LOS DESCENDIENTES DE DOS HOMBRES

Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. (1:1)

Tanto **David** como **Abraham** fueron pecadores, pero por la gracia de Dios resultaron ser antepasados del Mesías, el **Cristo**.

David pecó gravemente al cometer adulterio con Betsabé y después agravó su pecado haciendo que asesinaran a Urías, el esposo de ella, a fin de poder casarse con la mujer. Como guerrero, David había matado a muchísimos hombres y por esa razón no se le permitió construir el templo (1 Cr. 22:8). David fue un ejemplo clásico de un mal padre que falló en disciplinar a sus hijos, uno de los cuales (Absalón) trató incluso de usurpar el trono de su propio padre por medio de una rebelión armada.

Abraham, aunque un hombre de gran fe, mintió dos veces acerca de su esposa Sara. Por temor de perder la vida y por falta de confianza en Dios les dijo a dos reyes paganos distintos que ella era su hermana (Gn. 12:11-19; 20:1-18). Al hacer eso Abraham avergonzó a Sara, a sí mismo y al Dios en quien él creía y a quien afirmaba servir.

Sin embargo, Dios hizo de Abraham el padre del pueblo escogido, Israel, del que surgiría el Mesías; e hizo a David padre de la línea real de la que descendería el Mesías. Jesús era hijo de David por descendencia real e hijo de Abraham por descendencia racial.

La gracia de Dios también se extendió a los descendientes intermedios de estos dos hombres. Isaac fue el hijo de la promesa, y un prototipo del Salvador expiatorio, quien se ofreció voluntariamente a Dios (Gn. 22:1-13). Dios proveyó el nombre del hijo de Isaac, Jacob, (llamado después Israel) al pueblo escogido. Los hijos de Jacob (Judá y sus hermanos) se convirtieron en jefes de las tribus de Israel. Todos estos hombres fueron pecadores y en ocasiones débiles e infieles; pero Dios les fue constantemente fiel, y su gracia estuvo siempre con ellos incluso en momentos de reprensión y disciplina.

Salomón, hijo y sucesor al trono de David, fue pacífico y sabio, pero también insensato en muchas formas. Sembró semillas de corrupción familiar y espiritual al casarse con centenares de esposas, la mayoría de naciones paganas de todo el mundo de entonces. Esas mujeres alejaron del Señor el corazón de Salomón y los corazones de muchos otros israelitas (1 R. 11:1-8). La unidad de Israel se resquebrajó y pronto se dividió el reino. Pero la línea real se mantuvo intacta, y la promesa que Dios le hiciera a David se cumplió finalmente. La gracia de Dios prevaleció.

El examen cuidadoso de los descendientes de Abraham y de David (vv. 2-16) muestra a individuos que a menudo se caracterizaron por la infidelidad, inmoralidad, idolatría y apostasía. Pero el trato de Dios con ellos siempre se caracterizó por la gracia. **Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham**, fue enviado para triunfar sobre los fracasos de estos dos hombres y de todos sus descendientes, y para lograr lo que ellos nunca pudieron haber logrado. El Rey de la gracia vino a través de la línea de dos hombres pecadores.

LA GRACIA DE DIOS SE VE EN LA HISTORIA DE TRES ERAS

De manera que todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce; desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce; y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce. (1:17)

Por el resumen de Mateo de la genealogía vemos la gracia de Dios en acción en tres períodos, o eras, de la historia de Israel.

El primer período, **desde Abraham hasta David**, fue el de los patriarcas, y de Moisés, Josué y los jueces. Fue un período de alejamiento, de esclavitud en una tierra extranjera, de liberación, de entrega del pacto y de la ley, y de conquista y victoria.

El segundo período, **desde David hasta la deportación a Babilonia**, fue el de la monarquía en que, tras insistir en tener reyes humanos como todas las demás naciones a su alrededor, Israel descubrió que esos reyes a menudo los alejaron de Dios y los metieron en problemas en lugar de llevarlos a la paz y la prosperidad del Señor. Ese fue un período casi ininterrumpido de decadencia, degeneración, apostasía y tragedia. Hubo derrota, conquista, exilio y la destrucción de Jerusalén y su templo. Solamente en David, Josafat, Ezequías y Josías vemos bastante evidencia de devoción a Dios.

El tercer período, **desde la deportación a Babilonia hasta Cristo**, fue de cautiverio, exilio, frustración y estancamiento. La mayoría de hombres que Mateo menciona en este período, de Salatiel a Jacob el padre de José, son desconocidos para nosotros a no ser por esta lista. Se trata de un período en gran medida rodeado de maldad y en su mayor parte caracterizado por poca notoriedad. Fue la era de las tinieblas en Israel.

No obstante, la gracia de Dios estuvo en acción a favor de su pueblo a lo largo de esos tres períodos. La genealogía nacional de Jesús es de una mezcla de gloria y sentimiento, de heroísmo y desgracia, de notoriedad y olvido. Israel se levanta, cae, se estanca, y finalmente rechaza y crucifica al Mesías que Dios le envió al pueblo. Pero Dios, en su gracia infinita, aun así envió a su Mesías *a través* de Israel.

LA GRACIA DE DIOS SE VE EN LA INCLUSIÓN DE CUATRO MARGINADAS SOCIALES

Judá engendró de Tamar a Fares y a Zara, Fares a Esrom, y Esrom a Aram. Aram engendró a Aminadab, Aminadab a Naasón, y Naasón a Salmón. Salmón engendró de Rahab a Booz, Booz engendró de Rut a Obed, y Obed a Isaí. Isaí engendró al rey David, y el rey David engendró a Salomón de la que fue mujer de Urías. (1:3-6)

La genealogía de Mateo también nos muestra la obra de la gracia de Dios al elegir a cuatro mujeres que fueron consideradas marginadas (las únicas enumeradas hasta la mención de María), a través de las cuales el Mesías y gran Rey iba a descender. Estas mujeres son ejemplos excepcionales de la gracia de Dios, y por eso se incluyen en la genealogía que aparte de ellas solo participan hombres.

La primera marginada fue **Tamar**, la nuera cananea de **Judá**. Dios le había quitado la vida al esposo Er, y al hermano mayor Onán, debido a la maldad de estos. Judá prometió entonces a la joven viuda sin hijos que el tercer hijo de él, Sela, al crecer debía convertirse en esposo de Tamar y criar hijos en nombre del hermano muerto. Después que Judá incumpliera la promesa, la nuera se disfrazó de prostituta y con engaños lo llevó a tener relaciones sexuales con ella. De esa unión ilícita nacieron dos hijos gemelos, **Fares y Zara**. La sórdida historia se encuentra en Génesis 38. Según indica la genealogía, **Tamar y Fares** se unieron a **Judá** en la línea mesiánica. A pesar de la prostitución y el incesto, la gracia de Dios descendió sobre estas tres personas que no la merecían, e incluyó a una desesperada y engañosa ramera gentil.

La segunda marginada también fue mujer y gentil. También era culpable de prostitución, pero a diferencia de Tamar, esta mujer la usaba como profesión. **Rahab**, una habitante de Jericó, protegió a los dos hombres israelitas que Josué envió a espiar la ciudad. Esta mujer mintió a los mensajeros del rey de Jericó a fin de salvar a los espías, pero debido a que ella temió al Señor, y a su acto de bondad para con el pueblo israelita, Dios protegió su vida y las vidas de sus familiares cuando Jericó fue sitiada y destruida (Jos. 2:1-21; 6:22-25). La gracia de Dios no solamente libró la vida de Rahab, sino que la colocó en la línea mesiánica, como esposa de **Salmón** y madre del piadoso **Booz**, quien fue el bisabuelo de David.

Rut, la esposa de **Booz**, fue la tercera marginada. Al igual que Tamar y Rahab, **Rut** era gentil. Después de la muerte de su primer esposo, un israelita, ella fue a vivir a Israel con su suegra Noemí. Rut era una mujer piadosa, amorosa y sensible que había aceptado a Jehová como su propio Dios. El pueblo de Rut, los paganos moabitas, fueron el producto de las relaciones incestuosas de Lot con sus dos hijas solteras. A fin de preservar la línea familiar debido a que ellas no tenían esposos o hermanos, cada una de las hijas logró emborrachar a su padre, quien sin saberlo tuvo relaciones sexuales con las jóvenes. El hijo producido por la unión de Lot con su hija mayor fue Moab, padre de un pueblo que se convirtió en uno de los enemigos más implacables de Israel. Mahlón, el israelita que se casó con **Rut**, hizo esto en violación a la ley mosaica (Dt. 7:3; cp. 23:3; Esd. 9:2; Neh. 13:23), y muchos escritores judíos afirman que las muertes tempranas tanto de Mahlón como de su

hermano Quelión fueron juicios divinos por su desobediencia. A pesar de que Rut era moabita y había sido pagana sin derecho a casarse con un israelita, la gracia de Dios no solo implantó a esta mujer en la familia de Israel, sino que más adelante, a través de Booz, la introdujo en la línea real. Ella se convirtió en la abuela de David, el gran rey de Israel.

La cuarta marginada fue Betsabé, a quien no se le identifica por nombre en la genealogía, sino que se la menciona simplemente como la esposa de **David** y como **la que fue mujer de Urías**. Según se mencionó antes, David cometió adulterio con Betsabé, hizo enviar al esposo de ella al frente de batalla con el fin de que lo mataran, y luego tomó a la mujer como su propia esposa. El hijo que resultó del adulterio murió en su infancia, pero el siguiente hijo nacido de ellos fue **Salomón** (2 S. 11:1-27; 12:14, 24), sucesor al trono de David y continuador de la línea mesiánica. Por la gracia de Dios, Betsabé se convirtió en esposa de David, en madre de Salomón, y en antepasada del Mesías.

La genealogía de Jesucristo es infinitamente más que una lista de nombres antiguos; es incluso más que una lista de antepasados humanos de Jesús. Se trata de un hermoso testimonio de la gracia de Dios y del ministerio de su Hijo, Jesucristo, el amigo de pecadores, quien no vino “a llamar a justos, sino a pecadores” (Mt. 9:13). Si Jesucristo en su misericordia llamó a pecadores por gracia para que fueran sus antepasados, ¿debería sorprendernos que Él nos llame por medio de la gracia a ser sus descendientes? ¡El Rey presentado aquí es realmente el Rey de gracia!

Nacimiento virginal

2

El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo. José su marido, como era justo, y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente. Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo: He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros. Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer. Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre JESÚS. (1:18-25)

La historia bíblica registra algunos nacimientos asombrosos y espectaculares. El nacimiento de Isaac en una mujer estéril de casi cien años de edad, que se rió ante la idea de tener un hijo, fue un acontecimiento milagroso. El vientre estéril de la esposa de Manoa se abrió, y ella dio a luz a Sansón, quien despedazó a un león, mató a mil hombres, y derribó un templo pagano. El nacimiento de Samuel, el profeta que ungió reyes, de la estéril Ana, cuya matriz el Señor había cerrado, dio a conocer el poder divino providencial. Elisabet era estéril, pero a través del poder de Dios dio a luz a Juan el Bautista, de quien Jesús declaró que no había habido uno más grande “entre los que nacen de mujer” (Mt. 11:11). Sin embargo, el nacimiento virginal del Señor Jesús sobrepasa todos aquellos nacimientos.

La fantasía y la mitología han falsificado el nacimiento virginal de Jesucristo con una proliferación de falsos relatos destinados a minimizar su nacimiento totalmente único.

Por ejemplo, los romanos creían que Zeus fecundó a Semele sin contacto y que ella concibió a Dionisio, señor de la tierra. Los babilonios creían que Tamuz (véase Ez. 8:14) fue concebido en la sacerdotisa Semiramis por un rayo de sol. Una antigua historia sumeria/acadia inscrita sobre una muralla contaba cómo los dioses crearon a Tukulti II (890-884 a.C.) en el vientre de su madre. Incluso llegó a afirmarse que la diosa de la procreación supervisó la concepción del rey Senaquerib (705-681 a.C.). En la concepción de Buda, su madre supuestamente vio cómo un elefante blanco le ingresaba en el vientre. El hinduismo ha afirmado que después de reencarnaciones como pez, tortuga, jabalí y león, el divino Visnú descendió al vientre de Devaki y nació como su hijo Krishna. Existe incluso la leyenda de que Alejandro Magno tuvo nacimiento virginal por el poder de Zeus mediante una serpiente que fecundó a su madre Olimpia. Satanás ha creado otros más de esos mitos para falsificar el nacimiento de Cristo a fin de hacerlo parecer común o legendario.

La ciencia moderna habla incluso de la partenogénesis, que viene de un término griego que significa “nacimiento virginal”. En el mundo de las abejas comunes los huevos no fertilizados se convierten en zánganos, o machos. La partenogénesis artificial ha tenido éxito con huevos no fertilizados de gusanos de seda. Huevos de erizos de mar y gusanos de mar han comenzado a desarrollarse al ser colocados en varias soluciones salinas. En 1939 y 1940 se reprodujeron conejas por medio de influencias químicas y de temperatura en óvulos. Nada de eso se ha acercado siquiera a considerarse en seres humanos; toda esa partenogénesis es imposible dentro de la especie humana. Al igual que la mitología, la ciencia no tiene explicación para el nacimiento virginal de Cristo. Él no fue simplemente el hijo de una mujer que antes era estéril, ni un fenómeno de la naturaleza; sino que, por el claro testimonio de la Biblia, Jesús fue concebido por Dios y nació de una virgen.

No obstante, encuestas religiosas hechas en las últimas generaciones muestran la influencia de la teología liberal en una disminución marcada y continua del porcentaje de cristianos profesos que creen en el nacimiento virginal, y por tanto en la deidad de Jesucristo. Cabe preguntarse por qué ellos querrían ser identificados con una persona que, si el juicio que tienen de Él fuera correcto, debió haber sido o engañado o un embaucador, ya que los cuatro evangelios enseñan explícitamente que Jesús se consideró a sí mismo alguien más que un hombre. Por el resto del Nuevo Testamento y por registros históricos sabemos que Jesús, sus discípulos y toda la iglesia primitiva sostuvieron que Él no era otro que el divino Hijo de Dios. Incluso sus enemigos sabían que Jesús afirmó tal identidad (Jn. 5:18-47).

Un personaje religioso popular afirmó hace algunos años en una entrevista que no podía negar en forma impresa ni pública el nacimiento virginal de Cristo, pero que no podía ni predicarlo ni enseñarlo. El hombre explicó: “Cuando enfrento algo que no comprendo, simplemente no lo considero”. No obstante, ignorar el nacimiento virginal implica no reconocer la deidad de Cristo, y no reconocer su deidad equivale a rechazarlo. La verdadera encarnación exige un nacimiento virginal.

Tal incredulidad no debería sorprendernos. La incredulidad ha sido el mayor problema del ser humano desde la caída, y siempre ha sido la opinión mayoritaria de los hombres. Pablo pregunta: “¿Pues qué, si algunos de ellos han sido incrédulos? ¿Su incredulidad habrá hecho nula la fidelidad de Dios? De ninguna manera; antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso” (Ro. 3:3-4). Todo fiel profeta, predicador o maestro en algún momento ha preguntado lo mismo que Isaías y Pablo: “Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?” (Ro. 10:16; cp. Is. 53:1). Pero la opinión popular, incluso dentro de la Iglesia, no siempre ha sido una fuente confiable de verdad. Cuando los hombres escogen qué partes de la Palabra de Dios creer y seguir, se colocan por sobre la Palabra y, por tanto, por encima de Él (cp. Sal. 138:2).

El propósito de Mateo al escribir el relato de su evangelio fue en parte apologético, no en el sentido de hacer un remedo para el evangelio sino en el sentido más tradicional de explicarlo y defenderlo contra sus muchos ataques y tergiversaciones. A menudo la humanidad de Jesús ha sido difamada y su deidad rechazada. Es posible que durante su ministerio terrenal, y sin duda después de su muerte y resurrección, Jesús fuera calumniado por la acusación de que era el hijo ilegítimo de María con algún hombre desconocido, quizás un soldado romano acuartelado en Galilea. Sin embargo, fue la afirmación de deidad de Jesús la que más indignó

a los líderes judíos y los llevó a exigir su muerte. “Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (Jn. 5:18).

Por tanto, no es casualidad que el inicio del Evangelio de Mateo, al principio del Nuevo Testamento, esté dedicado a establecer tanto la humanidad real como la deidad de Jesucristo. Aparte de que Jesús es tanto humano como divino, no hay evangelio. La encarnación de Jesucristo es el hecho central del cristianismo. Toda la súper estructura de teología cristiana se basa en esa realidad. La esencia y el poder del evangelio están en que Dios se volvió hombre y que, siendo totalmente Dios y hombre, pudo reconciliar a la humanidad con Dios. El nacimiento virginal de Jesús, su muerte expiatoria, su resurrección, su ascensión, y su retorno son todos aspectos integrales de su deidad. Se levantan o caen juntos. Si cualquiera de dichas enseñanzas (todas ilustradas claramente en el Nuevo Testamento) es rechazada, todo el evangelio es rechazado. Separada de las demás, ninguna tendría sentido, ni podría tener algún significado o poder. Si tales cosas no fueran ciertas, incluso las enseñanzas morales de Jesús serían sospechosas, porque si Él tergiversó quién era afirmando de manera absurda ser igual a Dios, ¿cómo podría confiarse en cualquier otra cosa que haya dicho? O si los escritores del evangelio falsearon quién fue Jesús, ¿por qué deberíamos confiar en su palabra respecto a cualquier otra cosa que Él dijo o hizo?

En cierta ocasión Jesús hizo a los fariseos una pregunta acerca de Él mismo que los hombres se han estado haciendo en toda generación desde entonces: “¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?” (Mt. 22:42). Esa es la pregunta que Mateo contesta en el primer capítulo de este evangelio. Jesús es el humano Hijo del hombre y el Hijo divino de Dios.

Según hemos visto, los diecisiete primeros versículos ofrecen el linaje humano de Jesús: su descendencia real desde Abraham, a través de David y a través de José, su padre humano legal. Los dirigentes judíos del Nuevo Testamento reconocían que el Mesías sería de la línea real de David; sin embargo, en su gran mayoría coincidieron en poco más que eso con relación a Él.

La historia nos informa que hasta los conservadores fariseos por lo general creían que el Mesías sería divino. Si Jesús no hubiera afirmado ser más que el hijo de David, pudo haber comenzado a convencer a algunos de los líderes judíos de su condición mesiánica. No obstante, una vez que declaró ser Dios lo rechazaron de inmediato. Muchas personas hoy día están deseosas de reconocerlo como un gran maestro, un modelo de elevado carácter moral, e incluso un profeta de Dios. Sin embargo, si no hubiera sido más que esas cosas, no podría haber conquistado el pecado, la muerte o Satanás. En resumen, Él no podría haber salvado al mundo. También habría sido culpable de falsificarse burdamente.

Es interesante que algunos intérpretes altivos del Nuevo Testamento reconozcan que Mateo y los demás escritores sinceramente creyeron y enseñaron que Jesús fue concebido por el Espíritu Santo, y que no tuvo padre humano. No obstante, afirman que esos hombres no eran educados y, además, estaban cautivos de las supersticiones y mitos comunes de su tiempo, y que ellos simplemente escogieron entre las muchas leyendas de nacimientos virginales que eran comunes en el mundo antiguo y las adaptaron a la historia del evangelio.

Es verdad que las religiones paganas de esa época, tales como las de Semiramis y Tamuz, tenían mitos de varios tipos que implicaban concepciones milagrosas. Pero el carácter inmoral y repulsivo de tales historias no puede compararse con los relatos de los evangelios. Dichas historias son falsificaciones viles que Satanás hace de la verdad pura de Dios. Puesto que el nacimiento virginal de Jesucristo es fundamental para el evangelio, es una verdad que los sistemas religiosos falsos y satánicos negarán, falsificarán o tergiversarán.

El relato de Mateo sobre la concepción divina de Jesús es directo y sencillo. Se presenta como historia, pero como historia que solo podía conocerse por revelación de Dios, y lograrse por milagro divino. Esto es algo esencial para la encarnación.

Después de establecer el linaje humano de Jesús desde David, Mateo procede a mostrar el “linaje” divino. Ese es el propósito de los versículos 18-25, los cuales revelan cinco verdades distintas sobre el nacimiento virginal de Cristo. Vemos el nacimiento virginal concebido, confrontado, clarificado, relacionado y consumado.

NACIMIENTO VIRGINAL CONCEBIDO

El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo. (1:18)

Aunque esto en sí no prueba la autoría divina, el mismo hecho de que el relato de la concepción divina de Jesús se presente en un solo versículo sugiere firmemente que la historia no fue de creación humana. Sencillamente no es característica de la naturaleza humana tratar de describir algo tan trascendental y maravilloso en tan breve espacio. Nuestra inclinación sería expandir, elaborar y tratar de ofrecer todo detalle posible. Mateo sigue dando información adicional relacionada con el nacimiento virginal, pero el *hecho* se nos presenta en una frase, pues la primera frase del versículo 18 es tan solo introductoria. Diecisiete versículos se dedican a enumerar la genealogía humana de Jesús, pero solo parte de un versículo a su genealogía divina. En su divinidad, Él “descendió” por medio de un acto milagroso y exclusivo de parte del Espíritu Santo; no obstante, el Espíritu Santo no hace más que afirmar el hecho con autoridad. Una historia de fabricación humana exigiría material mucho más convincente.

Nacimiento viene de la misma raíz griega que “genealogía” en el versículo 1, lo que indica que Mateo está dando aquí un relato paralelo de la ascendencia de Jesús, esta vez de parte del Padre celestial.

Tenemos poca información acerca de **María**. Es probable que fuera nativa de Nazaret y que viniera de una familia relativamente pobre. Por Mateo 27:56, Marcos 15:40, y Juan 19:25 nos enteramos que ella tenía una hermana llamada Salomé, madre de Jacobo y Juan (quienes por tanto eran primos de Jesús). Lucas 3 nos ofrece el linaje davídico. Si como muchos creen, el Elí de Lucas 3:23 fue el suegro de José (Mateo informa que el padre de José es Jacob, 1:16), entonces Elí era el padre de María. Sabemos que Elisabet, la esposa de Zacarías, era “parienta” de María (Lc. 1:36), probablemente prima de ella. Estos son los únicos parientes,

además del esposo y los hijos de la madre de Jesús, de quienes habla el Nuevo Testamento.

María fue una mujer piadosa que era sensible y sumisa a la voluntad del Señor. Después del anuncio del ángel Gabriel de que sería la madre del “Hijo del Altísimo”, “María dijo: He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra” (Lc. 1:26-38). María también fue creyente. Se preguntó cómo podía concebir: “¿Cómo será esto? pues no conozco varón” (Lc. 1:34). Sin embargo, nunca cuestionó que el ángel fuera enviado por Dios o que lo que dijo fuera verdad. Elisabet, “llena del Espíritu Santo” (v. 41), atestiguó de María: “Y bienaventurada la que creyó, porque se cumplirá lo que le fue dicho de parte del Señor” (v. 45). La reverencia, la gratitud y el amor humilde de María por Dios se ven en su extraordinario Magnificat, como se suele llamar Lucas 1:46-55. Este empieza: “Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador... Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso; Santo es su nombre” (vv. 46-47, 49).

Sabemos incluso menos de **José** que de María. El nombre de su padre era Jacob (Mt. 1:16) y era un artesano, un trabajador de la construcción (*tektōn*), probablemente carpintero (Mt. 13:55). Lo más importante es que se trataba de un hombre “justo” (1:19), un santo del Antiguo Testamento.

Es posible que José y María fueran bastante jóvenes cuando se comprometieron. A menudo las muchachas se comprometían siendo muy jóvenes como de doce o trece años, y los muchachos cuando alcanzaban pocos años más de esa edad.

Por costumbre judía, un compromiso de matrimonio significaba más que un compromiso en el sentido moderno. En un matrimonio hebreo había dos etapas: el *kiddushin* (compromiso) y la *huppah* (ceremonia de bodas). El matrimonio casi siempre era arreglado por las familias de la novia y el novio, a menudo sin consultarles. Se hacía un contrato y se sellaba con el pago de la *mohar*, la dote o precio de la novia, que era pagado por el novio y su familia al padre de la novia. La *mohar* servía para compensar al padre por los gastos de la boda y para proveer un tipo de seguro para la novia en caso de que el novio llegara a estar insatisfecho y se divorciara de ella. El contrato se consideraba vinculante tan pronto como se hacía, y el hombre y la mujer se consideraban legalmente casados, aunque era frecuente que la ceremonia de bodas (*huppah*) y la consumación no se llevaran a cabo sino hasta un año después. El período de compromiso servía como un tiempo de prueba y una demostración de fidelidad. Durante ese período la novia y el novio por lo general tenían poco, o ningún contacto social entre sí.

José y María no habían experimentado contacto sexual entre ellos, según indica la frase **antes que se juntasen**. La pureza sexual está muy bien considerada en las Escrituras, en ambos testamentos. Dios da gran valor a la abstinencia sexual fuera del matrimonio y a la fidelidad sexual dentro del matrimonio. La virginidad de María era una evidencia importante de su piedad. Que ella cuestionara el anuncio que Gabriel le hiciera de su concepción fue porque sabía que era virgen (Lc. 1:34). Este testimonio protege contra la acusación de que Jesús nació de otro hombre.

Sin embargo, la virginidad de María protegió mucho más que su carácter moral, su reputación, y la legitimidad del nacimiento de Jesús. Protegió la naturaleza del divino Hijo de Dios. Al niño nunca lo llaman el hijo de José; a José nunca

se lo llama padre de Jesús, y a José no se le menciona en el cántico de alabanza de María (Lc. 1:46-55). Si Jesús hubiera sido concebido por la acción de un hombre, fuera José o alguien más, no podría haber sido divino ni habría podido ser el Salvador. Sus propias afirmaciones acerca de Él mismo habrían sido mentiras, y su resurrección y ascensión habrían sido grandes engaños. Por tanto, la humanidad habría permanecido perdida y condenada para siempre.

Obviamente, la concepción de Jesús por parte del Espíritu Santo es un gran misterio. Incluso si Él hubiera querido hacerlo, ¿cómo podía Dios habernos explicado en términos que pudiéramos comprender el modo en que tal mezcla de lo divino y humano pudo haberse logrado? No podíamos haber imaginado más esa condición de lo que podemos imaginar acerca de que Dios creara el universo de la nada, que Dios sea tres personas en una, o que Él otorgue una naturaleza espiritual totalmente nueva a quienes confían en su Hijo. Comprender tales asuntos tendrá que esperar hasta que lleguemos al cielo, cuando veremos a nuestro Señor “cara a cara” y conoceremos exactamente como hemos sido conocidos por completo (1 Co. 13:12). Aceptamos el hecho por fe.

El nacimiento virginal no debió haber sorprendido a aquellos judíos que conocían el Antiguo Testamento y creían en él. Debido a una mala interpretación de la frase “la mujer rodeará al varón” en Jeremías 31:22, muchos rabinos creían que el Mesías tendría un nacimiento extraordinario. Ellos declaraban: “El Mesías no tiene que tener padre terrenal”, y “el nacimiento del Mesías será como el rocío del Señor, como gotas sobre el pasto sin la acción del hombre”. Pero hasta esa mala interpretación de un texto poco claro (una interpretación sostenida también por algunos de los padres de la iglesia) suponía un nacimiento inigualable para el Mesías.

No solo que Isaías había indicado tal nacimiento (7:14) sino que incluso en Génesis obtenemos un reflejo de eso. Dios habló a la serpiente acerca de la enemistad que existiría de ahí en adelante “entre tu simiente y la simiente [de Eva]” (Gn. 3:15). En un sentido técnico la simiente pertenece al hombre, y la impregnación de María por parte del Espíritu Santo es el único caso en la historia humana en que una mujer tenía en su interior una simiente que no provenía de un hombre. La promesa a Abraham se relacionó con “tu simiente”, una manera común de referirse a descendencia. Esta referencia única a “la simiente” mira más allá de Adán y Eva hacia María y Jesucristo. Las dos simientes de Génesis 3:15 pueden verse en un sentido sencillo como un conjunto; es decir, pueden referirse a todos aquellos que son parte de la progenie de Satanás y a todos los que forman parte de la de Eva. Tal punto de vista ve la guerra entre las dos partes como algo furioso todo el tiempo, con el pueblo de justicia obteniendo finalmente la victoria sobre el pueblo del diablo. Pero “simiente” también puede ser singular en que se refiere a un producto grandioso, final y glorioso de una mujer, quien será el Señor mismo, nacido sin simiente masculina. Podría ser que la profecía mire tanto al significado conjunto como al individual.

Pablo es muy claro en el momento que nos declara que “cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley” (Gá. 4:4). No hay padre humano en ese versículo. Jesús debía tener un padre humano para poder ser humano y, por tanto, participante de nuestra carne. Pero también

debía tener paternidad divina a fin de poder haber sido un sacrificio inmaculado y perfecto a favor nuestro.

NACIMIENTO VIRGINAL CONFRONTADO

José su marido, como era justo, y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente. Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. (1:19-20)

Como ya se ha mencionado, aunque José y María solo estaban comprometidos en este momento (v. 18), a **José** se le consideraba **marido** y a **María** la **mujer** de él. Por la misma razón que él **era justo**, tenía un doble problema, al menos en su propia mente. Primero, debido a su rectitud y normas morales sabía que no debía seguir adelante con el matrimonio a causa del embarazo de María. Él sabía que no era el padre de la criatura y supuso, de manera muy natural, que la joven había tenido relaciones sexuales con otro hombre. Segundo, debido a su amor y bondad no podía soportar la idea de avergonzarla en público (una costumbre común de su época con relación a tal afrenta), mucho menos exigir la muerte de ella según lo dispuesto por la ley (Dt. 22:23-24). No hay evidencia de que José sintiera ira, resentimiento o amargura. Había sido avergonzado (si lo que suponía hubiera sido cierto), pero su preocupación no estaba en su propia vergüenza sino en la de María. **No quería infamarla** en público poniendo al descubierto el supuesto pecado de ella. Puesto que la amaba de manera profunda, decidió **dejarla secretamente**.

Literalmente, *Apoluō* significa **dejarla**, tal como se traduce aquí, pero era el término común usado para divorcio. El plan de José era divorciarse **secretamente** de María, aunque al poco tiempo todo el mundo habría imaginado que el matrimonio nunca se materializó. Pero al menos por un tiempo ella estaría protegida y viviría.

Sin embargo, **pensando José en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños** y le calmó los temores. Entonces **le dijo: José, hijo de David, no temas [deja de estar asustado por] recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es**. Este versículo resalta el carácter sobrenatural de todo el suceso. A fin de reforzar las alentadoras palabras, y también verificar el linaje real de Jesús, el ángel se dirigió a **José** como **hijo de David**. A pesar de que no era el verdadero hijo de José, Jesús era su hijo legal; realmente su Padre era Dios, quien lo concibió por el Espíritu Santo. Pero su derecho real en la línea davídica venía de José.

La frase **lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es** expresa algo profundo. En tales palabras se halla el testimonio final del nacimiento virginal, que es el testimonio del santo ángel del mismo Señor Dios.

Un crítico ha agitado el puño hacia Dios y lo ha llamado mentiroso impío con estas palabras: “No hubo nada peculiar en cuanto al nacimiento de Jesús. Él no fue Dios encarnado y ninguna madre virgen lo dio a luz. La iglesia en su antiguo celo engendró un mito que abrazó como un dogma”. Pero el testimonio de la Biblia está vigente.

NACIMIENTO VIRGINAL CLARIFICADO

Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. (1:21)

Como para reforzar la verdad de la concepción divina de Jesús, el ángel le informa a José que María **dará a luz un hijo**. José debía actuar como el padre terrenal de Jesús, pero solo sería padre de crianza. La genealogía que Lucas hace de Jesús a través de la línea de María señala con precisión que Jesús era “hijo, *según se creía*, de José” (3:23, cursivas añadidas).

Se le dijo a José que llamara al **hijo... JESÚS**, tal como a Zacarías se le dijo que llamara Juan a su propio hijo (Lc. 1:13). No se nos informa el propósito o el significado del nombre de Juan, pero el de **JESÚS** quedó en claro incluso antes de su nacimiento. **JESÚS** es una forma del hebreo Josué, Joshua o Jehoshua, el significado básico del cual es “Jehová (Yahvé) salvará”. Todos los demás hombres que tuvieron tales nombres testificaron por medio de estos nombres acerca de la salvación del Señor. Pero Aquel que iba a nacer de María no solo testificaría de la salvación de Dios, sino que Él mismo sería esa salvación. Por su propia obra él salvaría **a su pueblo de sus pecados**.

NACIMIENTO VIRGINAL RELACIONADO

Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo: He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros. (1:22-23)

En este momento Mateo explica que el nacimiento virginal de Jesús fue profetizado por Dios en el Antiguo Testamento. El Señor identifica claramente el nacimiento de Cristo como cumplimiento de la profecía. **Todo esto** se refiere a los hechos relacionados con el nacimiento divino de Jesucristo. Y el gran milagro de su nacimiento fue el cumplimiento de **lo dicho por el Señor por medio del profeta**. Esa frase ofrece una definición simple y directa de inspiración bíblica como la Palabra del Señor que viene a través de instrumentos humanos. Dios pronuncia el **dicho**; el instrumento humano solo es un medio para llevar el mensaje divino a los hombres. Basado en estas palabras del Señor dadas por medio de Mateo, el texto de Isaías en el Antiguo Testamento debe interpretarse como predicción del nacimiento virginal de Jesucristo.

Mateo usa con frecuencia la frase **para que se cumpliese** (2:15, 17, 23; 8:17; 12:17; 13:35; 21:4; 26:54) con el fin de indicar la manera en que Jesús, y los acontecimientos relacionados con su ministerio terrenal, fueron el cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento. Las verdades y los sucesos básicos del Nuevo Testamento fueron culminaciones, conclusiones o cumplimientos de la revelación que Dios ya había dado, aunque a menudo esa revelación había estado velada y en forma parcial.

La escena en Isaías 7 tiene que ver con el reinado de Acáz en Judá. A pesar de ser hijo del gran Uzías, Acáz fue un rey malvado que llenó Jerusalén de ídolos, restableció el culto a Moloc, y quemó a su propio hijo como sacrificio a ese dios. Rezín,

rey de Siria (Aram), y Peka, rey de Israel (también llamado Samaria en ese tiempo), decidieron eliminar a Acaz y reemplazarlo con un rey que cumpliera sus órdenes. Frente a tal amenaza para el pueblo de Israel y la línea real de David, en lugar de volverse a Dios en busca de ayuda Acaz buscó la ayuda de Tiglat-pileser, el malvado rey de los asirios. Incluso saqueó el oro y la plata del templo y los envió a Tiglat-pileser.

Isaías fue a ver a Acaz y le informó que Dios liberaría a Judá de los reyes enemigos. Cuando Acaz se negó a escuchar, Isaías respondió con la notable profecía mesiánica de 7:14.

¿Cómo una predicción del nacimiento virginal del Mesías encajaba en esa antigua escena? Isaías estaba diciéndole al malvado rey que nadie destruiría al pueblo de Dios o la línea real de David. Cuando el profeta declaró: “El Señor mismo os dará señal”, utilizó la segunda persona en plural, *os*, indicando que Isaías también estaba hablando a la nación entera, informándoles que Dios no permitiría que Rezín y Peka, o cualquier otro, los destruyera a ellos ni a la línea de David (cp. Gn. 49:10; 2 S. 7:13). A pesar de que el pueblo cayó en las manos de Tiglat-pileser, quien destruyó el reino del norte e invadió a Judá en cuatro ocasiones, Dios los preservó tal como había prometido.

Isaías también se refiere a otro niño que iba a nacer; y antes que ese niño (Maher-salal-hasbaz) tuviera la suficiente edad para comer “mantequilla y miel” o “hasta que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno”, las tierras de Rezín y Peka serían abandonadas (7:15-16). Efectivamente, antes que el niño nacido a la esposa de Isaías tuviera tres años de edad, esos dos reyes habían muerto. Tal como aconteció esa profecía antigua de un niño, también sucedió con la profecía del nacimiento virginal del Señor Jesucristo. Ambas fueron señales de que en última instancia Dios no abandonaría a su pueblo. La señal más grande fue que **Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros**, vendría.

En Isaías 7:14, el versículo citado aquí por Mateo, el profeta usó la palabra hebrea *‘almâ*. El uso que el Antiguo Testamento hace de *‘almâ* favorece la traducción “doncella”. La expresión aparece por primera vez en Génesis 24:43, en relación con Rebeca, la futura esposa de Isaac: “He aquí yo estoy junto a la fuente de agua; sea, pues, que la doncella que saliere por agua”. En el versículo 16 del mismo capítulo se describe a Rebeca como “doncella” (*na’ râ*) y “virgen” (*betûlâ*). Debería concluirse que *‘almâ* nunca se usa para referirse a una mujer casada. La palabra aparece otras cinco veces en las Escrituras (Éx. 2:8; Sal. 68:25; Pr. 30:19; Cnt. 1:3; 6:8), y en cada caso contiene la idea de una virgen. Hasta tiempos recientes, eruditos tanto judíos como cristianos siempre la han traducido como tal.

El más famoso intérprete judío medieval, Rashi (1040-1105), quien se opuso al cristianismo, hizo el siguiente comentario: “‘He aquí que la *‘almâ* concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel’ significa que nuestro Creador estará con nosotros. Y esta es la señal: Aquella que concebirá será una joven (*na’ râ*) que nunca en su vida ha tenido relaciones sexuales con ningún hombre. Sobre ella el Espíritu Santo tendrá poder”. Cabe señalar que en hebreo moderno la palabra *virgen* es *‘almâ* o *betûlâ*. ¿Por qué Isaías no usa *betûlâ*? Porque en ocasiones esta palabra se usa en el Antiguo Testamento para una mujer casada que no es virgen (Dt. 22:19; Jl. 1:8).

‘Almâ puede significar “virgen”, y así es como los traductores judíos de la Septuaginta (Antiguo Testamento griego) tradujeron la palabra en Isaías 7:14 (por el

griego *parthenos*, “virgen”), varios cientos de años antes del nacimiento de Cristo. La “señal” de la cual Isaías habla fue dada específicamente al rey Acáz, quien temía que la línea real de Judá pudiera ser destruida por Siria e Israel. El profeta le aseguró al rey que Dios protegería esa línea. El nacimiento de un hijo y la muerte de los reyes serían las señales que garantizarían la protección y preservación del Mesías. Y en el futuro habría un nacimiento mucho más grandioso: el nacimiento virginal de Dios encarnado, a fin de asegurar el pacto con el pueblo de Dios.

Mateo no dio al término ‘*almâ* un “rasgo” cristiano, sino que lo usó con el mismo significado con que lo usaban todos los judíos de la época. De todos modos, la enseñanza del evangelista acerca del nacimiento virginal no depende de esa palabra. Queda bien claro por las declaraciones precedentes, que la concepción de Jesús fue por obra “del Espíritu Santo” (vv. 18, 20).

El nombre del **hijo** nacido de una virgen sería **Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros**. Tal nombre se usaba más como in título o descripción que como un nombre propio. En su encarnación Jesús fue, en el sentido más literal, **Dios con nosotros**.

El hecho de que **una virgen concebirá y dará a luz un hijo** es algo sorprendente. ¡Una virgen embarazada! Igual de sorprendente es que ella llamará **su nombre Emanuel**.

El Antiguo Testamento promete repetidas veces que Dios está presente con su pueblo, a fin de asegurarle el destino en el pacto que le había hecho. El tabernáculo y el templo estaban destinados a ser símbolos de esa presencia divina. El término para tabernáculo es *mishkân*, que proviene de *shâkan*, y significa morar, reposar o habitar. De esa raíz también ha venido el término *shekinah*, que se refiere a la presencia de la gloria de Dios. El niño nacido debía ser el Shekinah, el verdadero Tabernáculo de Dios (cp. Jn. 1:14). Isaías fue el instrumento por medio del cual la Palabra del Señor anunció que Dios moraría entre los hombres en carne visible y encarnación de sangre, algo más íntimo y personal que el tabernáculo o el templo en que Israel había adorado.

NACIMIENTO VIRGINAL CONSUMADO

Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer. Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre JESÚS. (1:24-25)

La frase y **despertando José del sueño** indica que el sueño revelador le había llegado mientras dormía (cp. v. 20). Esa comunicación exclusiva y directa de Dios se usa en otras ocasiones para revelar las Escrituras (véase Gn. 20:3; 31:10-11; Nm. 12:6; 1 R. 3:5; Job 33:14-16). Cabe destacar que todas las seis apariciones de *onar* (“soñar”) en el Nuevo Testamento están en Mateo y se relacionan con el Señor Jesucristo (véase 1:20; 2:12-13, 19, 22; 27:19).

No sabemos nada de la reacción de José, excepto que obedeció al instante, haciendo tal **como el ángel del Señor le había mandado**. Podemos imaginar cuán grandes sentimientos de asombro, alivio y gratitud debió haber experimentado.

No solo podía tomar como esposa con honor y justicia a su amada María, sino que le brindaría cuidado al propio Hijo de Dios mientras Él crecía.

Ese solo hecho indicaría la profundidad de la devoción a Dios de José. Es inconcebible que Dios confiara a su Hijo a una familia en que el padre no estuviera totalmente comprometido con Él ni le fuera leal.

No sabemos nada más de la vida de José, excepto que llevó al bebé Jesús al templo para la presentación (Lc. 2:22-33), que escapó con María y Jesús a Egipto a fin de protegerlo del sanguinario edicto de Herodes, y que después regresó (Mt. 2:13-23), y que transcurrido un tiempo llevó a su familia a la Pascua en Jerusalén cuando Jesús tenía doce años de edad (Lc. 2:42-52).

No tenemos idea cuándo murió José, pero muy bien pudo haber sido antes de que Jesús comenzara su ministerio público. Es obvio que fue antes de la crucifixión de Jesús, ya que desde la cruz Jesús entregó a su madre al cuidado de Juan (Jn. 19:26).

Al parecer la ceremonia de bodas, en que José **recibió a su mujer**, se llevó a cabo después del anuncio del ángel. Sin embargo, él **no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito**. Mateo deja en claro que María permaneció virgen **hasta que dio a luz**, sugiriendo que las relaciones maritales normales comenzaron después de ese tiempo. El hecho de que en los evangelios se hable varias veces de los hermanos y hermanas de Jesús (Mt. 12:46; 13:55-56; Mr. 6:3) demuestra que María no permaneció siendo virgen perpetuamente, como algunos afirman.

Como acto final de obediencia a la instrucción de Dios por medio del ángel, José **le puso por nombre JESÚS** al niño, indicando que Él iba a ser el Salvador (cp. v. 21).

El nacimiento sobrenatural de Jesús es la única manera de justificar la vida que llevó. Un escéptico que negaba el nacimiento virginal preguntó una vez a un cristiano.

—Si yo le dijera que por ahí nació un niño sin padre humano, ¿me creería?

—Sí, siempre y cuando ese niño viviera como Jesús vivió —respondió el creyente.

La mayor evidencia externa del nacimiento sobrenatural y de la deidad de Jesús está en su vida.